

lor de oro, que ningún jardinero había visto jamás y que perfumaban todo el aire.

En el día en que el niño hizo un año, estando en el cuello de la madre con su sayalito de brocado blanco, todo bordado de perlas, se le escurrió súbitamente de los brazos para el suelo y dió su primer paso en la vida... Todos los brazos en derredor se le extendieron ansiosos para ampararle; pero él iba afirmando los piecitos, redondos y lentos, sin tropezar, atento y derecho hacia una franja de sol que entraba por la ventana, con la manecita abierta y levantada, como amparada por otra mano que no se veía y que dulcemente le llevaba... Y así se sumergió en la franja de sol, donde se quedó quieto, con una risa que resplandecía, todo aureolado de oro... Frey Munio murmuró: "¡En este niño hay maravilla!..."

III

Su crecer fué entonces igual y sano, como el de una flor que en tierra bien regada y bajo la fiel caricia del sol florece con esplendor. Ninguno de los males que Maestre Porcalho temía, frunciendo el entrecejo agorero, vino a interrumpir su florecimiento; y todos los dientes le nacieron sin un dolor y sin una lágrima. Su hablar era tan dulce y gracioso, que a todos hacía sonreír de ternura,

como el cantar de un pájaro en los ramajes. La ebúrnea blancura de su piel no parecía pertenecer a un cuerpo mortal, y en todo él la inteligencia resplandecía más visiblemente que una luz detrás de un cristal. Una curiosidad inquieta e insaciable constantemente le arrastraba, corriendo y esparciendo el brillo de sus ojos negros, al través de la vieja morada señorial. No habría ya en la torre del Homenaje, en los patios, en el obscuro sótano, rincón que él no hubiese rebuscado, en el impulso irresistible de saberlo todo. Las ayas le encontraban constantemente revolviendo con sus brazos chiquititos, frágiles como tallos de flor, levantando las pesadas tapas de las arcas; y si encontraba una abierta, daba gritos impacientes hasta que le dejasen desdoblar las piezas de lino, desenrollar los rollos de cintas, destapar los cofres, remover los encajes, amontonar en derredor de sí sobre el suelo un enorme baúl revuelto...

Ya más crecido, jugando por la huerta, metía-se en todas las espesuras de follajes, a rastras, como un animalillo, enmarañando el cabello en las zarzas, para escudriñar lo que se ocultaba en las sombras húmedas; excavaba en torno de las plantas para conocer la forma de las raíces, y acechando el volar de los pájaros, trepaba a los árboles para saber el secreto de los nidos. Nada le asustaba. Cuando el padre, para adiestrarle en el gran arte de cabalgar, le montó una mañana en un potro, él, empujando al caballero que sujetaba el freno,

se echó a galopar en torno del vallado de la quinta, bien agarrado a la silla, con los cabellos al viento, gritando de pura gloria... Si sentía al final de la tarde los cencerros y la hilera de bueyes recogiendo, nada le detenía, y corría batiendo palmas, provocando a los novillos o a los bueyes de astas más anchas, y constantemente el ayo, aterrado, había de agarrarle para que no descendiese dentro del cubo al pozo o no recorriese el remate de la alta muralla saltando de almena en almena... Después, por la noche, a la cena, oyendo absorto, con el semblante entre los puños, la mirada deslumbrada, las historias de batallas que leía Frey Munio en su gran infolio, soltaba gritos de alegría cuando venía uno de esos golpes de espada que parten el yelmo, rajan al caballero y aun matan al caballo, o cuando en los asaltos de las villas la fuerza de un solo brazo quebraba una puerta de bronce. De noche, en su catre, gritaba soñando con choques de lanzas. Y la madre, que corría, poniendo la mano delante de la lámpara, casi se aterraba viendo en la linda frente de su ángel adormecido una arruga de cólera heroica...

Pero don Ruy sonreía deslumbrado, seguro de que su hijo sería un día un gran conquistador. Era, sin embargo, admirablemente sensible y bueno, y Frey Munio más bien veía en él los presagios de una caridad que enaltecería a la Iglesia. Amaba a todos los animales, sobre todo a los pequeños, y su cuidado era que las palomas no su-

friesen sed y no faltase la abundante ración a los galgos en su perrera. Protegía a los sapos por saberlos despreciados, y si encontraba uno en la hierba húmeda frente a la noria, con sus manos y sin asco lo llevaba lejos para que la vaca uncida alrededor de los cangilones de la noria no lo pisase en su girar adormecido... Los domingos, bajando con sus padres por la avenida de castaños hacia la iglesia, a cada paso se detenía buscando en la escarcela una monedita para los pobres; y en la iglesia, de rodillas sobre la almohada, en el altar mayor, con las manos juntas y su gorro de plumas posado en el suelo, tanto se penetraba del dolor y de la pobreza por los cuales Jesús había pasado, viendo su cuerpo desnudo y pequeño en las pajas del corral, su túnica rasgada por los azotes, sus manos, tan dulces para los tristes, atravesadas por los clavos, que los ojos se le llenaban de lágrimas. A la puerta de la iglesia todo el pueblo de Gonfelim se juntaba para verle pasar, con sus cabellos rubios en bucles sobre los hombros, cubierto con los terciopelos de un príncipe, fino y derecho como una espada toledana, pero tan sencillo y familiar, que reconocía a los criados, gritaba riendo sus nombres, o lanzaba a los niños en el cuello de las madres besos que cantaban en el aire...

A los ocho años, habiendo Frey Munio preparado libros, hojas de vitela y gruesas plumas, en un cuarto de la Torre de las Almenas, por ser más silenciosa, Gil comenzó a aprender las letras, la

escritura, la Historia Sagrada y los cálculos de los árabes. Por muy lenta y larga que fuese la lección, permanecía atento y grave. Su alegría fué ruidosa cuando supo escribir su nombre y sus apellidos con letras adornadas y floridas. Pero ¡cuánto más viva y honda fué la de los padres cuando le oyeron leer sin balbucear en el gran libro de Frey Munio las batallas de Alejandro y de Roldán, par de Francia!...

Tan orgulloso andaba el buen señor del saber de su hijo, que le quiso mostrar a los santos padres benedictinos, sus vecinos y aliados. Montado en su mula blanca, Gil al lado sobre su alazán, cruzaron una tarde el viejo puente romano y subieron la calzada nueva que entre álamos llevaba a la enorme puerta chapada de hierro como la de una ciudadela. Y al punto, en el patio, bien plantado de cipreses, encontraron entre dos fuertes carros de bueyes a don Abad dirigiendo el cargamento de seis pipas de vino blanco de los viñedos del convento, que iba a mandar de regalo al Papa.

Con gran contento, acariciando los lindos cabellos de don Gil, el prelado, sapientísimo, condujo a sus vecinos hacia la parte del claustro, mandando a un lego que trajese un canastillo de fruta y un jarro de aquel vino blanco, que era la gloria de su finca. Pero en el claustro, como era sabido, toda la sabia comunidad, en una larga fila, sólo con la túnica y sin capa, estaba afeitándose, y don Abad caminó hacia la entrada de la huerta,

donde se sentó entre sus huéspedes en un banco de piedra, junto a una fuente que entre rocas cantaba en un estanque de mármol.

Allí el buen señor contó al prelado el gran amor de su Gil a los estudios y cómo ya trazaba la letra grande y la menuda y cuán familiares le eran las sagradas historias; y andaba él pensando si su hijo, bien enseñado por otro más leído en libros que Frey Munio, no se convertiría en un buen estudiante de Leyes o en fino sabedor de las artes de curar. Entonces el buen prelado, cogiendo las manos de Gil e indicando la piedra blanca y pulida que dominaba la fuente, invitó risueñamente a Gil a leer la inscripción que allí había grabado hacía años un docto monje de aquel monasterio. Sin esfuerzo, el mozo gentil descifró las rudas letras talladas, que decían: "Clara y perenne, como sale el agua de esta roca, brota la bondad de nuestros corazones..." Y el buen Abad admiró este saber precoz. ¡Pero cuánto más admiró su gran conocimiento de las historias sagradas!... Erguido, con un brillo en los lindos ojos, y como si conversase de cosas familiares e íntimas, el mozo gentil, interrogado por el Abad, contaba la gran cólera de Jehovah, Caín huyendo al través de los montes, el diluvio durante cuarenta días, José gobernando a Egipto, el pueblo errando por el desierto, Jericó cayendo a la estridencia de las trompetas...

Todos los pájaros se habían callado en derredor en el ramaje de la huerta. El agua caía de la roca

con un murmullo ahogado. Una dulzura mayor suavizara el aire, y los rayos del sol, que descendía, quedaron parados, dorando con tonos de oro el banco de piedra donde Gil contaba las divinas historias. Entonces el buen Abad, posando su gorda mano sobre la cabeza de Gil, afirmó que había allí un agudo entendimiento y que bien podía don Ruy, puesto que tenía fortuna, mandar a aquel mozo a estudiar a Francia, tierra de gran sabiduría... El padre murmuró: "¡Tan lejos!..."

No; no había tierras lejanas para buscar el saber. ¡Más lejos se iba, a Jerusalem, para buscar la gracia!... Y la sabiduría, tanto como la gracia, conservaba el alma limpia del mal... Entonces deseó que don Ruy probase su vino blanco. Y habiendo dado a ambos la bendición de Dios y ordenado a un hortelano que allí regaba las plantas que metiese en un canastillo cerezas y rosas para la señora doña Teresa, cogió el brazo del novicio, porque habían tocado a vísperas y debía disponer una remesa de reliquias destinadas a una finca del convento, visitada recientemente por repetidos azotes del fuego, de los lobos y de las calenturas. Los dos Señores besaron su mano reverendísima y recogieron contentos a la casa solariega, por el camino de la Ermita.

Gil comenzó entonces a estudiar con tanto fervor—pensando siempre en los loores de don Abad—que bien pronto supo todo cuanto sabía el dulce Frey Munio. Aun muchas veces pertur-

baba a este discreto maestro con su curiosidad temeraria, que todo lo quería comprender, hasta el Orden de la Naturaleza. Era, sobre todo, a la tarde, cuando para reposar de las prácticas estudiosas ambos subían a la explanada de la Torre de las Almenas y lentamente paseaban en derredor de las almenas, todas verdes de hiedra. El cielo arqueaba por encima su bóveda de azul claro, inmutable y sempiterna. El sol, como un disco de metal candente, rozaba la espina de los montes, dardeando largos rayos. Y la tierra, oscura y maciza, extendía su ondulación de valles y sierras hasta donde se perdía la mirada.

Entonces don Gil quería saber cuál era en verdad la forma de la tierra, hacia dónde iba el sol cuando se sumía serenamente detrás de los montes, y quien sustentaba así tan firme la bóveda del cielo. Para satisfacer a su discípulo, Frey Munio hojeaba los infolios, que pedía prestados a la biblioteca del convento, sobre *Las Enseñanzas de la Prudencia*, obra mirífica que, en sus hojas fuertes, encerraba la suma del saber benedictino. Y poniendo el dedo en la página, explicaba a Gil que la tierra es cuadrada, teniendo por dentro, en la faz vuelta hacia el Cielo, la santa ciudad de Jerusalem; que el sol, de noche, va a alumbrar el mar, y en días de fiesta a iluminar el Purgatorio, y que quien sostiene esta bóveda, llena de luz, de estrellas, de nubes, de vientos, son los cuatro Evangelistas, en los cuatro

ángulos del mundo, con sus manos que todo lo pueden por haber tocado las manos del Señor...

Pero no siempre don Gil parecía persuadido. Y echando hacia sí el infolio, releía la buena doctrina más detenidamente, como quien a un rincón mal alumbrado acerca una luz más fuerte. Tanto amor cobró entonces a estos libros y al saber que en ellos bebía, que no hubo ya para él otro interés o cuidado. Desde la alborada se encerraba en la torre de estudio delante de la vasta mesa que los majestuosos folios cubrían; y muchas veces, a las horas de comer, habiendo ya tocado tres veces la bocina el criado de mesa, tenía don Ruy que subir la escalera de la torre y sacudirle el brazo para arrancarle al estudio, donde el alma se le sumergía como en un mar de deleite. Paseando en la quinta, a cada paso sacaba de la escarcela un trozo de pergamino, y recostado en un tronco de árbol, con la mirada ya derramada por el suelo, ya alzada lentamente al cielo, trazaba líneas vagarosas. Tan abstraído vivía en su pensar, que doña Teresa había de peinarle los cabellos, que él dejaba enmarañados, y atarle las cintas de sus borceguíes de cuero blando. De noche, con el candil colgado junto al lecho, y un folio en la almohada, aun leía, leía tanto, que ya las golondrinas cantaban en el alféizar de su ventana cuando él, con un suspiro y a duras penas, cerraba las hojas del infolio.

Comenzó a enflaquecer; su piel tomó la palidez de una cera de altar; y Mestre Porçalho declaró siniestramente que ya en los ojos del señor don Gil sentíanse presagios del desatinar. Entonces, para apartarle de los libros, don Ruy organizó para él una jauría de caza. La perrera fué ensanchada, cubierta de nuevo techo, y el ladrar de los mastines, de los perdigueros, de los lebreles bárbaros, atronaba el solar. Al lado había un tejadillo para los halcones, y un hombre hábil que había venido de Vizeu estaba instalado en el apero, haciendo redes, trampas, lanzarotes y capuchas de cuero para los azores...

Doña Teresa, abrazada al hijo, consiguió de él la promesa de que todas las mañanas saldría a montar para que con los recios aires de la sierra le volviesen los colores de la salud. Pero él quiso primero aprender el Arte de Cazar; y fué aún un motivo de enterrarse entre viejos cuadernos, de letra menuda, en que se enseña a adiestrar los lebreles, a azuzar a los halcones, a conocer las artimañas del lobo, el olor de los venados y hasta los vientos más propicios a la caza, las oraciones que se tributan a San Huberto y el modo de impedir que los espíritus malignos extravíen en la sierra la cacería. Después aun deseó aprender en los libros los hábitos de los animales: a qué horas bebe el venado, dónde hace nido la perdiz, qué mañanas tiene el jaba'í y el rumbo del vuelo de las águilas... Entre tantas

lecturas, más se consumió, y ante las lágrimas de la madre, decidió al fin comenzar las grandes mañanas de caza...

¡Con qué alegría le vieron don Ruy y doña Teresa desde lo alto de las escaleras de la casa solariega, montado en su alazán, airoso en su cota de cuero blanco, con el halcón emplumado sobre el guante y en derredor los lebreles tirando de las traíllas y ladrando!... El montero sonó la trompa, y, buen cazador, volviéndose aún en la silla para lanzar un beso a la madre, pasó el puente levadizo en un gran brillo de sol que salía entonces de entre las nubes...

Volvió de noche cerrada, con un color fuerte en las mejillas, un olor de matorral en las ropas, habiendo matado un venado, liebres, toda una bandada de codornices, pero descontento de sus proezas. No caían bien a su corazón las violencias de la caza, y los lebreles partiendo la espina de los conejos entre los brezos; y el halcón despedazando en los aires una pobre ave y volviendo a posarse en el guante, todo erizado; las saetas clavadas en el cuello de los venados, que quedaban bramando, con los ojos agónicos; todas estas ferocidades, acabado el impulso que las inspiraba, entre los gritos de los monteros y el resonar de las bocinas, le daban como la tristeza de un arrepentimiento. Y de noche, en su catre, lloró por los animales muertos...

Volvió todavía otra mañana a la sierra con

halcones y lebreles. Pero ninguna saeta salió de su aljaba de cuero, suspensa del arzón de la silla; todo el camino los monteros, estirando las traíllas, contuvieron a los perros, que ladraban desesperadamente; y en vano los halcones, retenidos por los lazos de cuero, batían las alas impacientes sobre el brazo de los halconeros. Ni animal en los cotos, ni ave en el aire, fué molestado. Gil galopaba contento, respirando los aires ásperos y recios de la sierra. Por la tarde, cansado, durmió a la sombra de un roble. Y cuando se recogió, en la dulzura de la tarde, de todos los lados del camino, de los cotos y de las cuevas salían animales que le acechaban y aún le seguían algún tiempo, confiados y alegres; dos pavos reales, de repente, cuando él pasaba, desdoblaron sus colas como para festejarle; una culebra enorme, que obstruía el camino, se desenroscó para que él pasase; mucho tiempo, una bandada de tórtolas blancas voló a su lado serenamente. Y cuando entró en el patio del caserón, todos los gallos cantaron.

Desde ese día, no volvió a salir con halcones y lebreles. Pero había adquirido la afición a los largos galopes en las sierras; y todas las mañanas, en su caballo aragonés, llevando sólo una espada, trasponía el puente levadizo, penetraba en las tierras. Bajo el sol, bajo la lluvia, todo el día caminaba, ora galopando en las planicies, ora al paso, gozando la frescura de los ramajes,

bebiendo en el chorro de los regatos, comiendo moras silvestres; o a veces, en lo alto de un cerro, desmontado, suelta la rienda, contemplaba pensativamente los valles, los caminos serpenteando por las laderas remotas, los horizontes lejanos, pensando en el mundo tan variado que había más allá. A la noche se recogía, enfangado, con zarzas en la ropa, un fuerte olor de matorral y de sierra, la mirada muy brillante; y era él quien entretenía la velada, conversando, y con tanta verdad y saber, y contando tan bellas historias, y con una tan perfecta gracia en el decir, que al padre y a la madre, embebidos, ya les parecía oír la sabiduría de un misal, ya la dulzura de un cántico...

IV

Pero a poco el señor don Gil comenzó a andar pensativo. Ya no gastaba entonces todo el día en los campos; sino que solo a cierta hora, la más cálida, cuando todos descansan, él mismo arreaba su caballo y partía sin ruido, como si temiese ser notado hasta de los caballerizos. Después, cuando regresaba, un brillo de singular felicidad aureolaba su rostro tan lindo; pero durante toda la velada permanecía callado, como en un dulce y dichoso cansancio, que a veces cerraba sus largas pestañas negras, mientras don Ruy, grave

en su silla de respaldo, acariciaba la barba grisácea y doña Teresa, ya más pesada, retardaba los hilos lentos de su tapicería. A veces, como si la sala, iluminada por dos antorchas, le ahogase, abría las maderas de la ventana y sentado en el repecho de piedra miraba las estrellas o la luna, pensativamente...

Ciertas noches hasta salía al patio, donde la lentitud pensativa de sus pasos revelaba alguna cavilación muy honda de su alma; y la madre, que, dejando escurrirse la tapicería, le iba a acercar entre los cristales, sentíale a veces suspirar, y con suspiros que no eran tristes. Sus libros yacían en la torre cerrados y cubiertos de polvo... Y su ocupación era recorrer el jardín, donde a veces cogía un botón de rosa que guardaba en el seno del jubón.

Quiso entonces aprender la viola y el canto, como si las cosas vagas y sin nombre que le torbellineaban en el alma sólo pudiesen ser traducidas por la dulzura del tañer y del trovar. Y ahora, muchas noches, cuando todo el caserón dormía, y dormía el río y el valle y en la tierra no se veía luz, fuera de la lámpara que ardía en el crucero del viejo puente romano, Gil, a la ventana de su cuarto, soltaba en el silencio y en la obscuridad suave una dulce vibración de cuerdas y un murmullo de endecha en que vagamente cantaba de una selva, de una fuente clara y del alma que se le había quedado allí...